

de ataque más formidable que había llegado á sus alcances, y se le hacía verdaderamente imposible que no hubiera un hombre capaz de volverse loco por aquella bota, figurando como base... como base de una mujer... sí, de una mujer no despreciable ni tan entrada en años que... en fin, como base de una doncella; porque Venturita era doncella, según lo han podido comprender nuestros lectores.

Estaba, pues, Venturita, descansando sobre las armas; pero, repasando en su memoria la táctica de la infantería, como lo haría cualquier militar pundonoroso; lista para el servicio, fuerte en ordenanza, con las armas limpias, el oído á la caja y la vista al jefe.

Nosotros, los hombres, si no fuéramos tan modestos como lo somos de ordinario, deberíamos conocer todo lo que valemos; si reflexionáramos en que hay en el mundo algunos miles de muchachas, más ó menos avanzadas en la pri-

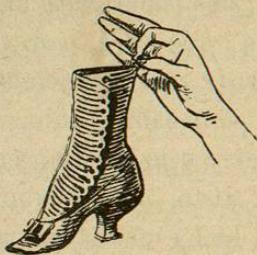
mavera de la vida, que, como Venturita, están formando un verdadero estudio, están tramando todo un plan estratégico, están, en fin, elaborando en el arsenal de las coqueterías una porción de proyectiles, con el único, artero y, por otra parte, inocente intento de seducirnos, nos pondríamos orgullosos.

Venturita, que es el *por ejemplo* de este grupo de mal intencionadas criaturas, no perdonaba medio, no omitía circunstancia, y había emprendido, como hemos visto, denodadamente y sin reserva, la lucha más tenaz para alcanzar sus fines que eran, sin duda, los más legítimos y los más justificados, tratándose de una doncella de buenos bigotes que corre el inminente peligro de quedarse eternamente de cuñada.

Llevaba no sabemos qué tiempo Venturita de contemplar en silencio su botita bronceada, y tan absorta estaba en aquella contemplación, y tan sumida en sus profundas reflexiones, que no

había notado á sus espaldas á la mejor de sus amigas, quien, guardando silencio, esperaba pacientemente ver cómo terminaba aquel soliloquio emprendido con tanta solemnidad delante de una botita respunteada y coqueta.

Venturita volvió á tomar aquel dije



con el pulgar y el índice de su mano derecha, asiendo la pequeña cinta de lino que servía de oreja á la botita.

Colgada así de aquellos dos dedos puntiagudos y rosados, la botita osciló, inclinando la punta hacia la alfombra y dejando percibir ante los ojos atónitos de Venturita esos cambiantes de luz entre rojo y oro, que son peculiares de ese

tinte metálico de la cabritilla. Esos resplandores de la bota eran como los del fuego sagrado que agita la vestal para que no se extinga.

A este punto, la amiga íntima que observaba á Venturita no pudo contener una ruidosa carcajada. Venturita, estremeciéndose de pies á cabeza, soltó la botita y volvió la cabeza.

Repercutían en todos los ángulos de la casa, como después del canto de un pájaro, los ecos de aquella carcajada que salía de la garganta de una joven llena de vida y de alegría.

— ¡Ventura!

— ¡Lola!

— ¿Qué estás haciendo, mujer de mis pecados?

— ¡Nada!

— ¡No; eso de nada, á la botica! tú estabas haciendo, y mucho...

— No seas maliciosa.

— Hace media hora que estoy aquí parada.

—Y me has visto...

—Te he visto platicar con una bota. Por señas que son las que me gustan tanto. Te hacen un pie de niña.

—¿Verdad? Nunca he tenido botas más bien hechas, y pensar en que...

—¿En qué, mujer?

—Nada; pensar en... Pero no te vayas, hoy comes conmigo.

—Imposible, mi vida; tengo que ir al comercio y á...

—Nada... nada, mañana te acompaño. Pero hoy, hoy no te dejo salir de aquí. Tengo muchas cosas que contarte. Sobre todo, quiero desahogarme, quiero... cierra esa puerta, porque sólo de tí toloero que...

—Sí, que te vea hablando con tus botas.

—Eso, eso, hablando con mis botas. No te rías, Lola, y verás como lo que hablaba con mis botas, lo has hablado tú misma cincuenta veces; ya verás...

— ¡Es curioso! Pero yo no tengo confidencias con...

— ¡No me digas! Y cuando me oigas convendrás conmigo.

Lola cerró la puerta, se quitó el sombrero y el abrigo que puso sobre la cama, y buscó un taburete favorito para colocarse cerca de Venturita.

—Conque vamos á ver, dijo Lola sentándose cómodamente y arreglando los pliegues de su vestido y pasando con la punta de los dedos esa revista de tacto, que las mujeres habituadas á vestirse hacen con tanto tino y con tanta naturalidad para cerciorarse de que no han perdido un aratè ni se les ha descompuesto un encaje.

—Pues sí, señor, dijo Venturita, tomando un tono petulante. Hablaba con mi bota, mejor dicho, reflexionaba á propósito de ella; considerada por todos los hombres como uno de los atractivos irresistibles...

—No; ¡qué irresistibles! Ya no, mi

vida, ya no. Los hombres se hacen más indiferentes cada día. Te contaré. Cierta persona declaró días pasados en casa de mis primas que se volvía loco por los bonitos pies; que para él un pie elegante lo sacaba de quicio, lo avasallaba, lo... en fin, estuvo el hombre elocuente en la materia. Yo... te confieso mi culpa, mientras hablaba no podía pensar en otra cosa que en que llevaba mis choclos nuevos.

—Aquellos tan lindos, interrumpió Venturita.

—Estos, dijo resueltamente Lola, extendiéndose de manera que salieran fuera de la orla de su vestido sus pies perfectamente calzados. Estos, ¿lo creerás? ¡Me los ha visto, y no me dijo una palabra!

—¿Pero te los vió?

—¡Cómo no! á todo su sabor; yo procuré sacarlos y estoy segura de que él los veía; pero en seguida, nada! ¡tú de mi alma! ¡cómo si le hubiera visto los pies á un indio con *guaraches*!

—¡Pues algo por el estilo me está pasando! Yo también quería hacer una conquista con estas bõtitas; las estrené el domingo con un fin muy determinado, y nada... hasta ahora que yo sepa, no ha dado esto ningún resultado. Y esto es lo que me ha hecho perderme en profundas reflexiones acerca de los únicos recursos de que una pobre mujer pueda valerse para... para hacerse agradable y poder encontrar un hombre que la haga feliz. A ver si tú aciertas, Lola de mi alma y de mi vida, con lo que tienen los hombres. Yo los he visto correr detrás de algunas mujeres... de esas mujeres... ya sabes, que en realidad nada valen, y á personas de nuestra categoría y de nuestro tono, no les vale ya, no digas exhibirse, pero ni hacer sacrificios. Yo tengo un cuentón en la Sorpresa, que el día que se entere mi cuñado tenemos trifulca. Me he puesto á pensar, Lola de mi alma, si no será cierto que uno de los mayores atractivos

de la mujer es el buen calzado y el bonito pie.

—¡Cómo no, Ventura! ¡cómo no! ¡Si vieras todo lo que yo sé á propósito de eso! ¡Vaya! al grado de ser muchas veces la perdición de un hombre un pie bonito.

—Por mi parte te confieso que sin ser hombre, deliro por un pie de mujer correctamente calzado.

—Con razón, y yo también, y sobre todo, te puedo asegurar que ese es el gusto general de los hombres en México.

—Yo hasta he llegado á dudarlo, y analizaba la forma de esa botita para explicarme en qué podría consistir que llame tanto la atención.

—¿Y qué has sacado de tus meditaciones?

—Pues muchas cosas; pero no te rías de mí ni me llames pedante, porque te hablo de estética.

—¡Ya vuelves con tu estética! ¡Desde que eres amiga de ese sabio, que tanto

te visita, hablas de unas cosas tan raras!...

—Mi amigo sabe muchas cosas que me ha enseñado; por ejemplo, la estética. Héla aquí aplicada á las botas. El pie humano es, de todo el cuerpo, lo que parecía tener menos atractivo; y debíase al menos contar con la persona del tobillo para arriba, con absoluta exclusión de los pies. No de otra manera han de haber sido consideradas las matronas griegas y romanas, puesto que enseñaban el calcañal y los dedos de los pies con la desgarbada sandalia; y fué necesario el refinamiento del lujo y las costumbres para ir cubriendo esa miseria humana, hasta que en la fastuosa corte de Luis XV llegó el arte del zapatero á su último grado de perfección. La estética llegó hasta el calzado, y los pies de las damas comenzaron á figurar entre las flechas con que Cupido hiere los corazones.

—¡Bien! ¡Bravo! ¡Ventura! Tu amigo

el sabio te ha puesto inconocible: pero yo no acabo de saber lo que es estética.

—Te lo explicaré. Es la corrección de las líneas de la naturaleza, bajo el principio de la belleza ideal. Así, por ejemplo, ves un pie muy feo, pero tú no puedes explicar por qué es feo.

—¿Y tú, sí?

—Yo, sí.

—Explícamelo.

—Hé aquí un pie muy feo.

Y Venturita hizo, con lápiz, al reverso de una de sus tarjetas, con líneas rectas, el trazo de un pie.

—Ya lo creo que el pie es horrible, dijo Lola.

—¿Y por qué? continuó Venturita preguntándose á sí misma; porque no hay curvas; obliga al pie, por feo que sea, á seguir las curvas convencionales, y tendrás lo siguiente.

Y Venturita mostró el trazo corregido.

—Con ligeras correcciones en las lí-

neas de este trazo, resulta un pie escultural. El mismo pie escultural, metido en un zapato de hace veinte años, resulta simplemente horrible. El mismo pie horrible, obligado á seguir las líneas que la estética ha aplicado al arte del zapatero, resulta...

—¡La octava maravilla! exclamó Lola entusiasmada.

Como se ve, Venturita no sólo sabía calzarse sino que también sabía dibujar. ¡Vaya! como que había hecho cuadros, y el señor Corral había sido su maestro.

—Eres una mujer, continuó Lola, que sabe las cosas por principios; dame un beso.

Y Lola y Venturita, inclinándose, se buscaron recíprocamente los labios, y... no queremos explicarlo, pero después de besarse no se dirigieron la vista y guardaron silencio, pero esa pausa de silencio es la que sucede al relámpago antes de estallar el trueno.

Hé aquí cómo tronó Venturita:

—Pues mira, Lola, aunque me llamen coqueta, aunque me critiquen, voy á hacer una cosa.

—¿Qué vas á hacer, mujer de Dios? ¿qué vas á hacer?

—No te asustes. Me creo en mi perfecto derecho para poner todos los medios.

—Ya se ve que sí. Yo también los pongo; ¿qué vas á hacer?

—Una cosa muy sencilla: el domingo salgo por la mañana con zapatos bajos...

La impasibilidad de la cara de Lola hizo comprender á Venturita que su amiga estaba muy lejos de comprenderla.

—¡Qué bien se conoce que todavía eres una niña!

—¿Por qué?

—Porque no te llama la atención mi intento.

—Explícamelo.

—Pues bien, escucha con paciencia. El calzado bajo es el calzado por exce-

lencia, es la batería rayada, es, si hemos de considerar como proyectiles nuestras coqueterías, el calzado bajo es... la dinamita.

—¡Pero, mujer!

—Escucha. Con la bota no enseñas más que la bota, y con el zapato bajo enseñas la media. ¿Comprendes?

—Sí.

—¡Qué vas á comprender! ¡La media! ¡mujer, la media!... quiere decir, una desnudez, un acercamiento, un... una provocación... porque la media pertenece... pertenece á lo que no se enseña á nadie... en fin, á la ropa interior. ¿Me comprendes ahora?

—¿Sabes que tienes razón? no había reflexionado.

—Un pie así, continuó Venturita, con zapato bajo de seda, que apenas aprisiona la punta del pie cuya epidermis casi se adivina, ó mejor dicho, se ve, se puede ver, al través de una media de encaje. . Vamos, esto es mucho, y

yo sé muy bien todo lo que el zapato bajo puede influir en... en el porvenir de una mujer. Ya comprenderás por qué, dijo Venturita bajando la voz, ya comprenderás por qué *esas señoras*, agregó muy quedito, se calzan así.

— ¡Hay Venturita de mi alma! y tú vas á...

— Sí: yo, contestó Venturita, dando una patadita en la alfombra, yo me he mandado hacer unos zapatos bajos de raso negro, y voy á salir el domingo con medias de seda y zapatos bajos; al fin todo el mundo me conoce y no me puede confundir con... pero lo voy á hacer, lo voy á hacer, sí, señor, porque lo que es por mí, no ha de quedar.

Lola se quedó muy pensativa, sorprendiéndole como, en las cosas que á ella le parecían más sencillas, su amiga encontraba materia de tanta trascendencia.

Excusado es decir que aquel día las dos amigas no hablaron más que de estética.

Volvamos á Enriqueta.

Como hemos visto, don Manuel había entrado en aquella casa con buen pie. Había comenzado por donde otros acababan, por pagar la casa; pero como la mamá de Enriqueta no recibía carta, don Manuel se despidió á las pocas noches, deslizando un billete en las manos de doña Dolores, quien, tragándose la mortificación que tal munificencia le causara, hizo al día siguiente cocada, que le gustaba á don Manuel, y se permitió hacer algunos otros gastos de cosas que le estaban haciendo buena falta. Cuando empezó á disfrutar del bienestar doméstico, añadiendo una á una esas pequeñas comodidades del hogar, su conciencia se iba tranquilizando y la fórmula de la tranquilidad era esta:

— ¿Qué haría yo sin don Manuel?

En cuanto á Enriqueta, si no sabía tanto como su mamá, presentía, porque todas las muchachas lo presienten, que

le iba á suceder una cosa, pero ella no se daba por entendida, y lo único que le sucedía, era irse acostumbrando á don Manuel, iba cobrando confianza, que era precisamente lo que iba buscando don Manuel. Tanto, que una noche Enriqueta se permitió examinar deliberadamente uno de los anillos de don Manuel, que los usaba muy buenos.

Ya llevaba don Manuel algún tiempo de visitar á Enriqueta, y todavía no la había hablado una sola palabra de amor; pero se consideraba dueño de la situación desde el momento en que, como lo anunciamos al principio, en vez de que Enriqueta saliera á la ventana mientras estaba allí don Manuel, doña Lola era la que, ora con el pretexto de que no veía bien para coser en aquella pieza, ó bien por los quehaceres domésticos, que, como es fácil comprender, se complicaban más cada día, dejaba á su hija con don Manuel, para que pudiera hablar libremente.

No desconoce el autor lo repugnante de la conducta de doña Dolores; pero el cuadro que traza no es elección suya. Existe por desgracia; y no sólo existe, sino que se multiplica en México para mengua de la moral y de las buenas costumbres. La creciente invasión del lujo en la clase media, determina cada día nuevos derrumbamientos; y más de una madre conocemos que vive bajo el mismo techo de la hija, cuya posición social es el concubinato.

Doña Dolores había traído á su hija á México, como los indios traen las mejores de sus frutas: para su consumo; y era porque padre, madre é hija no formaban una familia, que es la ley suprema de la moral. Doña Dolores era el tiesto en que habían sembrado la flor, el papá de Enriqueta había sido el jardinero y la niña había venido al mundo como producto de mercado. Esos lazos purísimos del cariño hacia los autores de nuestros días, estaban representados

en el corazón de Enriqueta por una idea vaga de su padre, marido á su vez de otra señora, y padre de otros niños; y por cierto desvío respecto á doña Dolores, que, como sabemos, pertenecía á esfera más ínfima. En consecuencia, todo lo que hacía la madre le parecía mal á Enriqueta, quien, in peto, y con sobrado fundamento por desgracia, calificaba á su mamá de ordinaria.

El respeto filial, y esa tierna y bendita veneración que siente el hijo por la madre, son como esos primeros movimientos de los pétalos de una flor que va á abrirse, para derramar más tarde en el ambiente los tesoros de su perfume.

Cuando se ama, se respeta y se venera á la madre, en el corazón del niño cabrán más tarde todas las virtudes.

Pero esas *cursis*, como han dado en llamar los españoles á los pobres que pican alto, y esos ordinarios que se sueñan elegantes, esas niñas de polisón y bismuto, de tacón de Luís XV, y pelo

sobre las cejas, que llevan á remolque á una pobre señora, desaseada y bonachona que, con pretexto de su edad, llevan una facha de costurera de su propia hija; esas jóvenes que creen haber adelantado lo suficiente por menospreciar á los autores de sus días, esas pollas, en fin, civilizadas y pobres, están corriendo más riesgo de ser pasto de los pícaros que de ser señoras.

Las buenas hijas nacen para ser madres; las otras, para ser *tenidas*.

La suerte, pues, de Enriqueta podía haberse previsto de antemano.

La *tenía* don Manuel, á la sazón que nos ha venido la necesidad de ocuparnos de ella, como una de las *muchachas buenas* que decía Saldaña.